

Las primeras modernas. Un estudio de Pilar Yrache sobre las mujeres que rompían moldes en los años 20.

Pilar Yrache, que fue profesora del departamento de Geografía e Historia del instituto Pablo Serrano de Andorra y es socia del CELAN desde sus inicios, ha publicado un original trabajo desde la perspectiva de género a partir de una colección de ejemplares de la revista *Estampa* que abarca los años que van de 1928 a 1931.



Se trata de una revista gráfica que venía a emular los magazines muy ilustrados que por entonces se habían puesto de moda en Francia y Alemania. El estudio pone su punto de enfoque sobre la representación de la "mujer moderna" tal como aparece en las páginas de esa publicación tratando de "entender y valorar con perspectiva histórica las emociones, ideales, anhelos y actitudes cotidianas de la mujer, así como la conciencia de estar viviendo un momento de cambio y de replanteamiento de los arquetipos de género".

Es la época de la dictadura de Primo de Rivera en la que el tradicionalismo nacionalista que inspira el régimen debía enfrentarse con la irrupción de un nuevo tipo de mujer más independiente, que busca un papel más relevante en un mundo masculinizado.

La nueva imagen de esa mujer que quería ser vista y admirada es la que tenemos en la mente cuando pensamos en los "locos años 20" con el charlestón, las faldas y los peinados cortos, sin corsés y con pantalones. La mujer a la *garçonne*. Esa mujer, inicialmente identificada con las figuras del cine y de los espectáculos y que se trasladó al mundo de la moda y de la publicidad, acabó por introducirse en el inconsciente de la mujer en la época y convertirse en "un modelo deseable", a pesar de todas las resistencias sociales e ideológicas: "no es la representación de género hegemónica, pero está cada vez más cerca".



La reacción a la modernidad de la mujer trataba de impedir que la concepción binaria de la sociedad, considerada como "natural", acabara por romperse. El miedo a la masculinización de la mujer se puede comprobar en las cortapisas y reticencias que esta tenía en aquellos campos -como el deporte, la universidad y las profesiones liberales- en las que se iba introduciendo aunque fuera con cuenta gotas. En una carta pastoral colectiva de 1926, los obispos españoles denunciaban la pérdida de recato y corrupción de costumbres a la vez que denunciaba el "extranjerismo modernista", defendiendo el papel tradicional de la mujer española, tal como lo hacían también Acción Católica, el propio régimen primoriverista y las posiciones ideológicas más derechistas y ultranacionalistas.

La primera mujer que va a ejercer la abogacía en Zaragoza, dice que dejará la carrera en cuanto se case

SARITA SE HA HECHO ABOGADO

—Pero, ¿es verdad, Sarita, que nos ha salido usted feminista?

Sarita Maynar abre más que nunca sus ojos grandes y luminosos, rie con ímpetu, y contesta:

—¡Pero si ahora es cuando ya no creo en el feminismo! Verá usted. Yo, mientras estudiaba en la Universidad, era muy feminista, mucho; defendía eso de la igualdad de derechos con el mayor brío y soltaba unas terribles peroratas en defensa del gobierno de la mujer.

—Del gobierno de la mujer en la sociedad conyugal, ¿no es eso?

Otra vez rie Sarita, la primera mujer que en la Universidad de Zaragoza ha obtenido el título de Abogada.

Es una machacha alta, erguida, sin presunciones intelectuales, sin pujos de honda sabiduría. Hija de uno de los letrados de mayor prestigio, D. Manuel Maynar Barnolas, ha hecho en la Universidad de Zaragoza la carrera de Derecho y acaba de jurar los Evangelios en la Audiencia.

Es, pues, la señorita Maynar figura destacada en el retabullo de la actualidad provincial.

EL DÍA EN QUE SE CASE...

—Yo creo—nos dice, al fin—que el amor debe ser uno para toda la vida; y creo también que no hay mujer que no aspire a casarse y a dedicarse al hogar; que harlo tiene la mujer con el cuidado de la casa, con la educación de los hijos y con la atención al esposo.

—Es decir, que el día que usted se case abandonará el ejercicio de la profesión.

—No he hablado de casarme yo—rie dulcemente—, pero si me caso, dejaré la abogacía.

—¿Sin excepción?

—Con una sola: la de que mi trabajo sea necesario para cubrir el presupuesto del hogar. Si hace falta, continuaré trabajando.

—¿Qué opinión le merece el divorcio?

—Ya he dicho que no admito sino un solo amor.

El ingenio de Sarita ha burlado donosamente la respuesta. Reímos de buena gana la contestación y aventuramos la última pregunta:

—¿Qué impresión guarda usted de su paso por la Universidad?

—No me agrada el sistema universitario de España; ese procedimiento de exámenes me parece absurdo. El examen no permite formar juicio exacto del aprovechamiento del alumno, sino que da el aprobado a quien tuvo más suerte en la pregunta.

—¿Así es que no le gusta a usted el régimen de preguntas y respuestas?

—No.

—Pues usted perdóne, Sarita.

Ahora reímos los dos, en la severa elegancia de este despacho atestado de libros, en el que la exquisita feminidad de Sarita prende un aírón de lozanía, mucho más sugestivo que el severo empaque del birrete y de la toga con que un instante se viste la señorita Maynar para que le hagan una fotografía.

FERNANDO CASTAN
PALOMAR
(Foto Viuda Cepera.)



La propia publicación, *Estampa*, de corte ideológico conservador, saludaba desde sus páginas la presencia de la "mujer moderna" pero rechazaba de plano su masculinización, considerándolo un peligro para el estatus masculino y subversivo para los roles tradicionales de género. En los comentarios y pies de página de las fotografías que ilustran los artículos de la revista se puede observar un empeño por subrayar la femineidad de las mujeres señaladas con un punto de mayor independencia por su ocupación profesional, bien fueran modistillas, mecanógrafas o abogadas ("lindas señoritas", "nada tienen que envidiar la belleza de nuestras secretarias a las del extranjero", "la primera mujer en ejercer la abogacía en Zaragoza dice que dejará la carrera en cuanto se case") con el fin de dejar bien patente la separación de sexos.



Sin embargo, los cambios ya estaban en marcha y las mujeres empezarían a entrar de forma más numerosa en la universidad y a ocupar cargos de mayor responsabilidad y prestigio social.

Un camino, que se aceleró con la llegada de la República poco después y que quedaría cortado en seco con la guerra civil y subsiguiente dictadura, nacional católica y tradicionalista; pero que, al cabo, no sería más que una abrupta interrupción, pues el feminismo renacería en los últimos coletazos de la lucha antifranquista y eclosionaría con fuerza ya imparable en la transición a la democracia.

Conozcamos, pues, a estas pioneras, más o menos conscientes del papel que jugaban, a través de esta lectura que hace Pilar Yrache de la publicación *Estampa* con un texto perspicaz y muy bien ilustrado para delicia de los amantes de la iconografía histórica.

Javier Alquézar
celandigital.com
Centro de Estudios Locales de Andorra